



Arquitectura y fantasmas de cristal

Alberto Rubio

Fantasmas de la vida moderna.
Ampliaciones y quebras del sujeto en la ciudad contemporánea
Luis Arenas
Trotta, Madrid, 2011, 232 pp.

Pues la casa, esa gran casa, hace tiempo que está a punto de desplomarse desde sus mismos cimientos amenazando no solo con aplastar a todos los que se encuentran en ella, sino también con hacer que se pierdan todas las cosas que allí se custodian, algunas de las cuales son insustituibles.

Theodor W. Adorno

Para cada momento histórico parece existir una forma de reflexión que se ajuste más pertinentemente a las condiciones de las que da cuenta. Extraño, cuanto menos, sería hoy presentar en una *summa* un compendio y resumen de todo lo que se conoce sobre un tema. Nos corresponde pensar fracciones de una compleja realidad que ya no permite ser aprehendida en su totalidad. Así, cual diagnóstico de una época, *Fantasmas de la vida moderna* llega a confundirse en su forma de expresión con su contenido, haciéndose juez y parte de un periodo tan intenso como heterogéneo. En una serie de artículos y ponen-

cias, complementadas con abundante material gráfico accesible desde la red, su autor rehúye articular una reflexión sistemática, una teoría que pretenda ser total y que amarre con fuerza vana algo que se nos escapa entre los dedos. Pero tampoco renuncia a la pretensión de totalidad, algo que iría en contra de la idea misma de reflexión. Pretensión esta que, aunque se sabe impotente, no vacila en estirar ese fino hilo que constituye nuestra paradójica condición contemporánea que une una disponibilidad a la información sin precedente en la historia y la certeza de no alcanzar más que epidérmicamente el problema.

Filósofo, miembro y fundador del grupo [inter]sección de Filosofía y Arquitectura, Luis Arenas reclama en su libro la necesidad de desplegar la reflexión arquitectónica más allá de sí misma, apoyándose en las herramientas conceptuales que proporciona la filosofía, para poder desenmarañar el complejo cruce de intereses que se establece entre ambas disciplinas. De tal forma que, en un ágil baile de dimes y diretes, arquitectura y filosofía son capaces tanto de expresar como interpretarse la una a la otra, llevándose en ese mutuo acompañar a paisajes insospechados y, aunque parezca sorprendente, familiares. Y es que, ciertamente, un proyecto común une estas dos disciplinas tan injustificadamente alejadas por la especialización. Una y otra intentan desde su limitado ámbito dar cobijo a las necesidades más perentorias del ser humano. La vulnerabilidad del hombre frente al vértigo de la existencia deviene el núcleo de la experiencia que la filosofía pretende clarificar y nada más que eso hace en realidad la arquitectura en su terreno. Es propio de ella construir un refugio a la vida humana frente a las inclemencias, tanto naturales como sociales.

Esta fragilidad se ha hecho aun más evidente a nuestros ojos en el tránsito del siglo XX al XXI a la vista de la inestabilidad de los pilares de nuestra civilización. Para los arquitectos, que viven con inquietud la disolución de toda promesa de bonanza y gloria, esta experiencia no se limita ya a su profesión. Pero, al margen de victimismos infundados y de lamentaciones temporáneas, la quiebra de los funda-

mentos socioeconómicos en los que se sustentaba la práctica arquitectónica y del absurdo que tal ausencia evidencia, moviliza oportunamente a la reflexión. Si el estallido inmobiliario fue erigido en cemento y ladrillo, antes que nada, el arquitecto construye con ideas. Y si, como nos sugiere el autor, la arquitectura debe ser reconocida como «uno de los más poderosos instrumentos de configuración de nuestro imaginario contemporáneo», cabría preguntarse cuál es el impulso interno a la arquitectura que ha podido dar lugar a semejante despropósito. Qué es lo que hace que, en la presente situación, algo emerja con la radicalidad de aquello que ya no se presenta más que como certeza: algo hemos hecho mal.

Como fregonazos y a caballo entre la teoría arquitectónica y la práctica filosófica, las porciones figuradas por cada uno de los capítulos emergen en su debida intensidad y abrazan su limitada capacidad. Atraviesa momentos de fulgurante destello aclaratorio. Otros, quizás, pasan más desapercibidos. Quien quiera encontrar en este libro las respuestas últimas, las soluciones definitivas a las grandes preguntas en la arquitectura, se topará con una tenaz oposición a los malabarismos autocomplacientes. En cambio, quien esté dispuesto a meter aunque sea un dedo en la hirviente caldera de la arquitectura contemporánea, aquí tiene garantizada una pócima contra la indiferencia.

Entre una masa heterogénea de recuperaciones desesperadas de proyectos de sospechoso positivismo, de autocomplaciente nihilidad o de destructiva

crítica, el autor consigue esquivar engaños y falsedades para proponernos un viaje a lo largo del siglo XX no exento de peligros. Un viaje que no tiene un inicio claro. No hay algo como un «punto cero» en la red de conexiones que se nos presenta. En cambio no cabe duda de que sí hay un discreto, persistente e inquietante compañero de butaca: la modernidad. Tan es así que las tres partes que constituyen el volumen pueden vincularse con los retos que tuvo que hacer frente la arquitectura del siglo XIX.

La arquitectura decimonónica vio surgir nuevos materiales y nuevos métodos de producción. Estas innovaciones no solo ampliaron las posibilidades técnicas en la construcción, sino que conllevaron un vuelco en la concepción clásica del espacio, la composición y la materialidad. Así como la teoría se orienta hacia la producción de conceptos con los cuales la arquitectura puede relacionarse con otros ámbitos sociales, la arquitectura construye nuevos conceptos de espacio y de entendimiento de la materialidad. Da cuenta el primer apartado de cómo en la modernidad persistía un tipo de metafísica de la sustancia y de cómo a lo largo del siglo XX esta fue diluyéndose hasta tornarse líquida en lo que el autor, con ayuda de Deleuze, califica de ontología del devenir.

En segundo lugar, con la industrialización llegaron nuevas exigencias funcionales que escapaban tanto a las prácticas vernáculas como a la arquitectura de representación del XIX. Los nuevos tiempos demandaban estacione de tren, grandes almacenes, indus-

trias... y viviendas. Un nuevo tipo de condición habitacional para un nuevo tipo de sujeto. Contra ello se alzaron airadas críticas. Desde su más temprana adolescencia, la modernidad fue cuestionada por influyentes filósofos como Heidegger o Wittgenstein quienes, singularmente, hicieron propia la crisis del habitar moderno defendiendo el uno una particular mística de la provincia ejemplificada por *die Hütte* de Todtnauberg, el otro por sus intermitentes retiros a una cabaña en los fiordos noruegos y la construcción de la casa de la Kundmannngasse en Viena para su hermana. Pero no solo ellos. Incluso el propio Le Corbusier, impulsor indiscutido de esa sociedad maquinista moderna, buscó refugio en el modesto *cabanon* de la Costa Azul.

Por último, la fuerte presión de mano de obra y su concentración en las ciudades, obligó a revisar su estructura y los modos de relación que en ella se daban. Los antiguos modelos urbanísticos, no pudiendo dar respuesta eficaz a esta presión junto con la del emergente mercado de la especulación inmobiliaria, quedaron obsoletos. Las soluciones puestas en práctica por aquel entonces han configurado el medio en el que la cultura y sociedad del siglo XX se han desarrollado. Los límites, fracturas y en última instancia la inadecuación de las ciudades heredadas en nuestro presente son motivo de análisis en el tercer apartado «La ciudad y los cuerpos».

«El fantasma de esa modernidad que nos abandonó y el rastro de ausencia que ha dejado a su paso» nos acompañan. Las soluciones que en su día pro-

puso fueron en su decadencia objeto de crítica para una posmodernidad que hoy ya no parece darnos las respuestas requeridas. Con la reciente muerte de Richard Rorty, probablemente uno de los mayores responsables del oportunismo y escepticismo útil de las últimas décadas, se clausura un periodo en el que los arquitectos rindieron ciega devoción a grandes figuras del pensamiento contemporáneo. Con más o menos acierto, Bernard Tschumi o Peter Eisenman hicieron de la filosofía derridiana radical ruido que pretendía reivindicar el desmantelamiento de convencionalismos. Torsiones y figuras naturalistas tradujeron los pliegues teóricos de Deleuze y Guattari en equipos como Morphosis o en Greg Lynn. Erigidos todos al unísono contra la modernidad canónica, abrazados a la «idea de desorden productivo», acabaron sucumbiendo a ella como simples gestos formales. Avivaron con gasolina la hoguera que querían apagar. Y con su caída, se suma un nuevo compañero de viaje. En palabras de Hans Robert Jauss, «un fantasma recorre Europa: el fantasma de la posmodernidad».

No sabemos si se trata del fantasma moderno reaparecido, si la posmo-

dernidad vino a sustituir al fantasma moderno, si estamos ante uno nuevo o simplemente es siempre el mismo y único. Lo que parece seguro es que, sea este quien sea, ha venido para quedarse. Al menos por un tiempo. Y de nosotros dependerá que el viaje sea conveniente o inconveniente, acertado o equívoco. Porque con estupor hemos de reconocer que nuestra humanidad está vinculada a ese o esos fantasmas. En qué medida sepamos medrar con ellos determinará lo que nos espere al día siguiente. Unos fantasmas que resisten la crítica sin rayarse. Unos fantasmas que no permiten ser moldeados sin quebrar. Y así habremos descubierto por fin lo esencial: «que solo aquello (y todo aquello) que verdaderamente nos importa lo consideramos frágil. Frágil es lo que tememos perder irremisiblemente. Frágil es lo que amenaza con romperse tan pronto como nos desentendamos de ello. Frágil es todo aquello por lo que nos preocupamos». Frágil y, cabría añadir, duro como el cristal.

Alberto Rubio Garrido
Universitat de València